

LA NOVELA COMO MÉTODO DE CONOCIMIENTO. Reflexiones en torno a Marías, J. (1943). *Miguel de Unamuno*. Madrid: Espasa-Calpe.

Lukas Romero Wenz^a

El libro *Miguel de Unamuno* es una obra de juventud del filósofo Julián Marías (Valladolid 1914-Madrid 2005), escrita en 1943, es decir, cuando el autor aún no alcanzaba la treintena de años de edad. Pese a ello, el autor sorprende por su extraordinaria lucidez, capacidad de síntesis y de sistematización, así como por la fuerza y convicción de sus reflexiones. No es extraño, pues, que en 1947 fuese premiado por la Fundación Fastenrath.

Miguel de Unamuno es el tercer libro del filósofo vallisoletano, escrito a continuación de su famosa *Historia de la filosofía* (1941), y *La filosofía del Padre Gratry. La restauración de la Metafísica en el problema de Dios y de la persona* (publicada asimismo en 1941).

§1. ESTRUCTURA

Se estructura en torno a VIII capítulos de desigual extensión, siendo el capítulo VIII, “Unamuno y la filosofía”, el más largo con bastante diferencia, ya que ocupa algo menos de un tercio del total de la obra.

En el capítulo I, “El problema”, Marías empieza explicando la problemática que se da en torno al pensamiento de Miguel de Unamuno, planteándose grandes preguntas a las que –aunque en ocasiones manifieste algunas intuiciones geniales– nunca termina de responder, dado su carácter un tanto disperso. Marías deja clara aquí su consideración de que Unamuno, al menos, tiene preocupaciones filosóficas (dejando para más adelante la cuestión de si puede ser considerado, o no, un filósofo

^a Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.
E-mail: lukasromerowenz@yahoo.es



en sentido estricto). Unamuno, pues, no debe ser reducido a un mero literato. Para Marías, es a la vez literato y pensador, y, en consecuencia, sería un error tratar de dividir sus escritos en dos bloques –escritos reflexivos, por una parte, y escritos literarios, por la otra–. En Unamuno, según Marías, literatura y filosofía se entremezclan de manera indisoluble.

El capítulo II, “El tema de Unamuno”, se centra en definir la que será la gran inquietud Don Miguel: la muerte, el hecho de que cada cual experimenta que “yo me he de morir”. Al ser cada cual el que se muere, la pregunta engloba también el problema de la personalidad: “quién soy yo”.

En este capítulo, Marías aborda el problema de la tendencia al irracionalismo de Unamuno, basada en una contraposición entre vida y razón, que son antagonistas y que fuerzan a una elección entre una u otra. Unamuno elige la vida, que es lo concreto, lo que está siempre en movimiento, y que por ello no puede ser objeto de la razón, que universaliza y solo comprende lo inmóvil, lo abstracto y general. Marías se muestra aquí disconforme con Unamuno, pero señala que el filósofo vasco es hijo del pensamiento de su época. Sin embargo, es imposible, en una época posterior a la suya, mantener las mismas posturas. Citará, en ese contexto, a Heidegger y Ortega como los constructores de una metafísica que conecta vida y razón.

Los capítulos III, IV y V los dedica Marías a la novela unamuniana. Los tres son muy relevantes, pues en ellos abor-

da, primero, el tipo de novela que escribe Don Miguel, para llegar a la conclusión de que son novelas *personales*, pues lo importante en ellas son las personas. No son tanto los hechos que van pasando, ni siquiera los estados emocionales de los personajes de las novelas (al estilo de la novela psicológica), cuanto los acontecimientos humanos que ocurren a personas determinadas, acontecimientos que determinan su avatar biográfico, y cómo el personaje se adapta a ellos. Lo dicho le permite a Marías explicar la ausencia de descripción en las novelas de Unamuno. Don Miguel no describe escenarios, y no lo hace porque quiere que, desde un principio, se centre la atención del lector en las personas y no en las cosas. Unamuno no quiere hablarnos de *cosas*, sino *personas*. Personas que ven su biografía afectada por ciertas situaciones o circunstancias, personas históricas. En este sentido, el personaje unamuniano es una forma muy correcta de abordar la vida humana, que también transcurre en forma de narración y, en ese sentido, el personaje novelesco y la persona son similares.

Entre los avatares que afectan a los personajes de la novela en Unamuno, uno de los que continuamente aparece es la muerte. La muerte aparece una y otra vez en las novelas de Unamuno, permitiendo así a su autor pre-vivir imaginativamente, a través del relato, esa experiencia: ser capaz de atravesar la muerte siquiera de forma imaginativa.

A propósito de la novela de Unamuno, Marías también mostrará hasta qué



punto es acertado el uso de este género literario como método de conocimiento. La novela –considera Marías–, a través de la narración biográfica, permite penetrar en lo que es la vida humana, que se va desarrollando, que no está dada de una vez por todas. Lamentablemente, Unamuno no va más allá: no percibe, según Marías, que toda novela supone una teoría de la realidad y que, en cuanto tal, debería ser el pórtico a una metafísica, a la metafísica que le subyace.

Por último, Marías hace un detallado recorrido por la producción de Unamuno, deteniéndose en siete de sus obras para, desde el inicio en *Paz en la guerra* hasta el final en *San Manuel Bueno, mártir*, mostrarnos la evolución de su pensamiento a través de la novela. Marías describe estos relatos analizándolos como una búsqueda de respuesta a los grandes problemas de la personalidad y de la muerte.

El capítulo VI está dedicado a la poesía de Unamuno, con la muerte y el sentido de la vida –si no hay nada tras ella– como temas recurrentes.

En el capítulo VII, por su parte, Marías se dedica a analizar la religiosidad de Unamuno. Unamuno está fuertemente *impregnado* por el cristianismo, pero mantiene –según Marías, de forma acrítica– una postura agnóstica. Unamuno, dice Marías, asegura que es imposible saber si Dios existe o no, pero no se ha hecho la pregunta previamente con la gravedad suficiente, algo que le hubiera obligado a realizar lo que nunca hizo: una investigación racional sobre el tema.

Queda, por último, el capítulo VIII, en el que se analiza la filosofía de Unamuno. Es un capítulo denso y largo, en el que Marías aborda varias cuestiones. Uno de los conceptos en torno a los cuales giran estas cuestiones y que, según Unamuno, revela la personalidad es la congoja: la experiencia de saber que no se es eterno, aunque *se quiere desesperadamente* serlo. Otro de esos grandes conceptos es el amor. El amor es resultado de la congoja. Cuando uno se mira y se ve hecho para la muerte, queriendo per-vivir pero sin poder, se enciende en aguda compasión de sí mismo. Eso es el amor. El amor es aplicado a otros cuando, a través de la imaginación, se intuye al otro sumergido en la misma congoja, y se le compadece a él también.

Al respecto del amor, en este capítulo Marías tratará el problema de la muerte en Unamuno como un problema filosófico, y aplaudirá una intuición del genial y atormentado vasco: la de la muerte como soledad. Así, Marías señala que, en Unamuno, Dios es visto como aquel que puede salvar de esa última soledad –que es la muerte– a través del amor. Dios es aquel que, amando, puede dar una respuesta a la pregunta desesperada por la perduración.

Marías cierra el libro preguntándose si Unamuno merece estar en la historia de la filosofía, o no. Afirma que, no pudiendo ser considerado un pensador en sentido riguroso, su obra sí encierra posibilidades filosóficas que, si se tienen en cuenta, pueden ejercer una notable influencia en la historia del pensamiento. Pero que el



puesto de Unamuno en la historia de la filosofía se lo debe dar o negar la misma historia. A él, a Julián Marías, le corresponde ver las posibilidades de la filosofía de Don Miguel y filosofar a partir de ellas, hacer filosofía, aceptando el reto que encierran las obras de Unamuno.

§2. ANÁLISIS DESDE LA FILOSOFÍA DE MARÍAS

En este libro tan temprano del filósofo Julián Marías, ya se pueden ver –en forma incipiente– varios rasgos que luego reaparecerán a lo largo de su producción.

El primero de ellos es su pertenencia a la corriente *raciovitalista*. Marías reprocha a Unamuno su falta de sistema y su tendencia al irracionalismo, su incapacidad de realizar un estudio racional comprometido acerca de las cuestiones que se plantea. Marías lo excusará aduciendo que la idea de razón que Unamuno hereda, y que, por tanto, será la que maneje, no le permitía sino contraponer razón y vida. La razón que Unamuno aprende es una razón de tipo científico y calculador, y contra esa razón *universalizadora* está la vida, que es lo particular, lo único, lo individual. Frente a ello, Marías reivindicará con toda su fuerza la idea de razón vital orteguiana: aunque sea comprensible que Unamuno, como hijo de su época, pueda tener esa concepción de la razón, *nosotros* no podemos tenerla, dirá, porque nosotros tenemos una herramienta que relaciona razón y vida. Esa herramienta es la filosofía de la razón vital de José Ortega

y Gasset, en la que la razón parte de la vida, en la que filosofar es saber a qué atenerse respecto a lo que ocurre en la vida propia. De esta forma, la crítica de Julián Marías del pensamiento de Unamuno, y su intento de categorizar las ideas que va encontrando dispersas por el pensamiento del autor, tendrán inevitablemente la referencia al raciovitalismo.

Otro rasgo de Marías al que esta obra nos remite es a su preocupación por la muerte. La muerte es un tema inevitable cuando se aborda la figura de Don Miguel de Unamuno, pero no es la última vez que Marías la trata: le confiere una gran importancia a lo largo de su obra (*cf.* por ejemplo en los capítulos finales de su *Antropología metafísica*). Esto pone de manifiesto la influencia que el filósofo vasco ejerció sobre Julián Marías. La pregunta sobre la muerte la aprende Marías mucho más de Unamuno que de su maestro Ortega, quien, a lo largo de su obra, se detiene en ella en contadas ocasiones. En esta obra que reseño, en *Miguel de Unamuno*, la muerte aparece abundantemente, algo comprensible siendo como es (y así la denomina Marías) la “cuestión única” de Don Miguel, la pregunta fundamental y matriz sobre la que girarán sus reflexiones.

Un tercer rasgo es la gran capacidad demostrada por Marías para sacar a la luz las ideas filosóficas que subyacen a los textos literarios. Marías, en este caso, pone esta capacidad al servicio del análisis de la obra de Unamuno, obra que en gran parte nos llega en forma literaria. Marías



entenderá la importancia que para Unamuno tiene la novela (la *nivola* –el esqueleto de una novela– como la llama el filósofo vasco) como forma de vehicular su pensamiento y no se arredrará ante el carácter disperso –en cierto sentido contradictorio y asistemático– de la obra del rector de Salamanca. Todo lo contrario: pondrá manos a la obra, destilando de los textos de Unamuno gotas extraordinarias de filosofía pura –lo que no será óbice para que Marías le critique deficiencias de pensamiento cuando así lo considere adecuado–.

Esta capacidad de encontrar filosofía en textos literarios vuelve a aparecer con fuerza en obras como *La educación sentimental*, o –en menor medida pero también con gran presencia– en el *Breve tratado de la ilusión* [reseñado en este mismo Suplemento de SCIO].

Miguel de Unamuno constituye, en definitiva, un buen análisis de la obra de este autor. Un análisis que tiene el mérito de rescatar la producción de Unamuno como una obra de valor no meramente literario, sino también filosófico. Un análisis, final-

mente, que posee el gran mérito de realizar una ingente labor de sistematización de una obra –la unamuniana– dispersa y desordenada.

Lo único que quizás cabría preguntarse es hasta qué punto el Unamuno presentado por Julián Marías no es un Unamuno, digámoslo así, “filtrado” a través de los conceptos raciovitalistas. Hasta qué punto Marías utiliza el raciovitalismo para *fundamentar* conceptos unamunianos que quedan sin una suficiente fundamentación, y hasta qué punto *reinterpreta* dichos conceptos a través de su prisma, es algo difícil de saber. Quizá el Unamuno de Marías es –pese al esfuerzo de honestidad intelectual supuesto a éste último– un autor “raciovitalizado” y, por tanto, alejado de la intención original que Don Miguel tuviera en el momento de escribir. Siendo éste el único punto de crítica, y dejándolo abierto como pregunta, termino esta reseña señalando la claridad del estilo de Marías, y la enorme capacidad de este autor para transmitir de forma nítida y ordenada las ideas de un autor cuya sistematización no es nada fácil.



